

ANÁLISIS DE EXPERIENCIAS MEDIÁTICAS SOBRE MEDIO AMBIENTE

INFORMACIÓN AMBIENTAL EN TELEVISIÓN

José María Montero Sandoval

En el imaginario colectivo, y de manera un tanto simplista, cuando se combinan los términos “medio ambiente” y “televisión” aparecen de inmediato los documentales, los grandes documentales, como si este fuera el único género en el que ha encontrado cabida la difusión, a gran escala, de múltiples cuestiones que tienen que ver con la conservación de nuestro patrimonio natural. Como digo, esta es una visión reduccionista por cuanto ignora la notable presencia que en los últimos años tiene la información ambiental en otros muchos soportes que se benefician de la gran capacidad de “vulgarización”, en el mejor sentido del término, que tiene el medio televisivo. Bien es verdad que esos otros soportes no siempre gozan de la misma consideración, el apoyo, la disposición de medios o el “prestigio” social de los documentales, pero sin la acción complementaria de ambos elementos es más que difícil componer una imagen, veraz y fiable, del mundo que nos rodea.

Mientras que en otras parcelas del conocimiento, que se trasladan a la sociedad a través de este potentísimo canal (aunque potencia no siempre

signifique efectividad), existe un cierto equilibrio entre el género documental y otros géneros menos complejos y sofisticados, cuando hablamos de medio ambiente la desproporción es evidente, en favor, como digo, del género documental. Esto origina, como es lógico, ciertas perturbaciones de las que no siempre somos conscientes, deslumbrados por el notable atractivo que tienen este tipo de productos audiovisuales. Si se me permite el símil, es algo parecido a lo que está ocurriendo con el AVE. La incorporación de este tipo de trenes de alta velocidad a la oferta ferroviaria española ha supuesto una drástica reducción en la disponibilidad de otros transportes públicos, y aunque nadie discute la eficacia de estos modernísimos trenes, no son pocos los ciudadanos que reclaman un mayor compromiso en el más modesto capítulo de los trenes de cercanías o que suspiran por un enlace ferroviario no tan rápido, más humilde en sus prestaciones y comodidades, pero más asequible. Todas las capitales quieren tener su AVE, como signo de progreso y distinción, aunque tamaño esfuerzo inversor suponga reducir la oferta de movilidad que

se presta a la ciudadanía, traicionando, en definitiva, el carácter público de este medio de transporte.

El símil se extiende a las paradojas que genera este tipo de estrategia, paradojas que revelan las perturbaciones a las que me refiero. Vista la política ferroviaria que ha acabado por imponerse resulta más fácil trasladarse a 500 kilómetros de distancia que alcanzar una pequeña población de la que apenas nos separan medio centenar de kilómetros. Vista la política de programación de la mayoría de las televisiones, conocemos con tremenda familiaridad, gracias a los documentales, los problemas de conservación a los que se enfrentan los koalas en Oceanía pero no somos conscientes de las amenazas que hipotecan el futuro de que nuestro patrimonio natural más cercano (o al menos no nos revelan estas amenazas con el mismo grado de detalle).

Hace algunos años tuve el privilegio de que mi buen amigo Miguel Delibes prologara uno de mis libros, y precisamente en ese texto que me regaló aparece esta misma reflexión, esta misma crítica que ambos venimos madurando desde hace tiempo, aunque en este caso proceda no de un periodista, ciertamente condicionado por los entresijos de este oficio, sino de uno de los pocos científicos que en este país se maneja, con absoluta maestría, en el terreno de la divulgación. A propósito de los documentales de naturaleza, y aún admitiendo su utilidad, se preguntaba Delibes: “¿Son esas la educación, la formación y la información que hoy nos hacen más falta? ¿Hasta que extremo nos ayudan los bellos reportajes sobre tiburones de Australia, o leopardos de las nieves de Nepal, a reciclar mejor nuestras basuras, o a evaluar los pros y los contras de explotar una mina a cielo abierto?”. Y concluía: “Muchos reportajes e informaciones sobre temas ambientales, seguramente por mor de la espectacularidad y el sensacionalismo, adolecen de dos importantes limitaciones que mitigan su efecto

sensibilizador y formativo. A saber: se refieren, por lo general, a problemas lejanos, ambientados en escenarios exóticos, y son presentados como sencillas batallas entre buenos y malos. Tales planteamientos son cómodos para el lector o espectador, porque apenas si le obligan a comprometerse. Seguramente cualquier ciudadano andaluz puede lamentar, sin mayores dificultades, el oscuro destino aparente de los rinocerontes africanos, e incluso compartir la animadversión por los cazadores furtivos que venden sus cuernos en los mercados de medicina oriental. El problema es distinto, en cambio, si en lugar de rinocerontes son alevines de corvinas y róbalos, no se trata de África sino de la desembocadura del Guadalquivir, y los furtivos no son personajes anónimos, inmersos en un extraño negocio, sino pescadores cercanos, familiares, que tal vez no tienen otro sistema de vida porque han sido expulsados del banco sahariano, o porque les ha afectado una reconversión y han desguazado su barco”.

Con demasiada frecuencia, el atractivo de un documental de naturaleza reposa, sobre todo, en su envoltorio formal, en su grado de preciosismo, en su cuidada realización, en el uso de llamativas técnicas de rodaje o en sus localizaciones exóticas, y no tanto en su pertinencia informativa. Cuando podemos contemplar, en primerísimo primer plano, el majestuoso vuelo de un buitre del Himalaya, no son pocos los que están más preocupados en saber cómo se ha podido filmar dicha secuencia que los que de verdad se interesan por las características o la situación de la especie. Se quejan (con razón) algunos especialistas en educación ambiental que este tipo de productos trasladan a la audiencia mensajes puramente estéticos y descaradamente antropocéntricos, convirtiendo la naturaleza en un simple desfile de paisajes soberbios y animales sorprendentes que habría que conservar, de acuerdo a este mensaje, por el simple goce que su contemplación nos procura.

En definitiva, no podemos concentrar toda, o casi toda, la oferta informativa que gira en torno al medio ambiente en el capítulo de los documentales. No podemos celebrar, como espectadores críticos, la abundancia de este producto en la programación de las diferentes televisiones si esta oferta no va acompañada de otros géneros que completen la visión del mundo (natural) que nos trasladan estos programas. No recuerdo que poeta, al visitar por primera vez Nueva York y contemplar la luna llena entre los rascacielos, dijo aquello de: “¿Es la luna llena o un anuncio de la luna llena?”. Lo que con frecuencia muestran los documentales, ¿es la naturaleza o un anuncio de la naturaleza?

Desgraciadamente, este, el de los grandes documentales, es un formato “tranquilizador”, por cuanto sitúa los problemas (si es que estos aparecen y el discurso no se limita, como digo, a cuestiones puramente estéticas o a la mera descripción de fenómenos naturales) en escenarios lejanos. Quizá por este motivo, al margen de la fascinación audiovisual que ejercen este tipo de producciones, es por lo que la propia Administración, y los correspondientes canales de televisión, se muestran tan decididos a apoyar la realización de estos productos en detrimento de esos otros más humildes pero mucho más pegados a nuestros escenarios domésticos. Pocos discuten la programación de estos documentales y, sin embargo, en las redacciones de Informativos escasean los periodistas especializados en medio ambiente. Lo dicho, mucho AVE y muy pocos trenes de cercanías.

DIVULGACIÓN VERSUS INFORMACIÓN

Aunque a veces se confundan los términos, la divulgación y la información, si bien están

íntimamente relacionadas, no son equivalentes, y por tanto las ventajas y limitaciones de una y otra, cuando nos ocupamos de cuestiones ambientales, son, igualmente, distintas. Los documentales tienen vocación divulgadora (aunque a veces deriven hacia el espectáculo puro y duro), mientras que la información suele habitar en los géneros periodísticos más clásicos, como pueden ser las noticias, los reportajes, las crónicas o las entrevistas.

La divulgación, y este factor es clave en la distinción que vamos a establecer, no tiene por qué estar ligada a la actualidad, no se vincula, por tanto, a una noticia en sentido estricto.

Si examinamos el auge que ha experimentado la información económica en los medios de comunicación generalistas veremos cómo este fenómeno ha corrido paralelo al nacimiento de una auténtica generación de profesionales dedicados en exclusiva a trasladar tan complejo mundo a un universo de receptores variopinto. Periodistas capaces de interpretar y hacer atractivas estas informaciones sin perder de vista la actualidad.

La información ambiental, sin embargo, se sigue nutriendo, con demasiada frecuencia, no de periodistas sino de esas perlas que suelen ser los expertos en medio ambiente, procedentes de diferentes campos científicos o técnicos, que, además, se dedican a la divulgación. No soy de los que defienden el periodismo como un oficio exclusivo de periodistas, pero lo cierto es que los divulgadores rara vez pisan la redacción de un periódico, una radio o una televisión; permanecen, afortunadamente, ajenos a la batalla diaria por la noticia, o la viven de una forma tan indirecta que su trabajo se ve poco condicionado por tal circunstancia. Ellos no tienen que convencer a ningún redactor jefe para que incluya en el orden

del día de las noticias aquellas que tienen que ver con el medio ambiente, o con la ciencia en general. Ellos suelen llegar cuando la noticia ya ha sido identificada y ocupa un espacio en la oferta del día, entonces explican, matizan, discuten o aclaran. Además, tienen escasos problemas para acceder a las fuentes, cuestión fundamental para asegurar la veracidad y calidad de la información, porque en su caso es una relación entre iguales.

No puedo dejar de escribir desde la óptica de un periodista, desde la perspectiva de los periodistas que trabajamos en medios no especializados, en medios generalistas de pequeño o mediano tamaño, que intentamos, en la mayoría de los casos, aportar información sobre medio ambiente desde las socorridas secciones de Sociedad y Cultura (en las que es más fácil encontrar a un aceptable crítico teatral que a un redactor capaz de enfrentarse con solvencia a un reportaje sobre genética); los que tenemos que convencer a nuestros jefes de que, más allá del catastrofismo o el discurso preciosista, el medio ambiente también es noticia, y noticia capaz de competir en igualdad de condiciones con la actualidad política o deportiva.

Por tanto, no es lo mismo divulgación que información. Y no sólo es una distinción que nace del vínculo con la actualidad. Hay otros factores diferenciales, como la concisión en el mensaje, a la que nos debemos los periodistas, con absoluta tiranía en algunos casos, mientras que los divulgadores no están sometidos a esta férrea disciplina. Tampoco estos últimos se ven limitados a un soporte tan específico como son los medios de comunicación, ya que la divulgación acepta múltiples soportes. La continuidad temática, el seguimiento en el tiempo de una determinada cuestión, suele ser más frecuente en los informadores, mientras que la precisión (temas cerrados sobre los que se pueden

aportar conclusiones más o menos firmes) abunda en el terreno de los divulgadores, ya que los periodistas debemos enfrentarnos a temas tan recientes que sobre ellos aún pesan numerosas incertidumbres.

En lo que se refiere al ejercicio del periodismo ambiental, la continuidad temática y la precisión (o imprecisión, según cómo se mire) son características particularmente interesantes. La primera de ellas va a determinar, como ninguna otra, la capacidad de modificar puntos de vista, crear conciencia sobre problemas trascendentes y, en definitiva, trasladar conocimientos complejos a receptores no especializados. Por eso no siempre conviene celebrar la existencia de secciones fijas o programas específicos dedicados a la información ambiental, por que a ellos suelen acudir, de forma mayoritaria, los receptores iniciados, mientras que el resto de la audiencia los ignora o acude a ellos de forma irregular. Es curioso como un porcentaje elevado de ciudadanos confiesa ser fiel espectador de los documentales de naturaleza, aunque los índices de audiencia no siempre se correspondan con este notable reconocimiento social. En estos casos se manifiesta un deseo más que una realidad, porque, en definitiva, este tipo de productos, bien elaborados y políticamente correctos, otorgan cierta distinción a quien los contempla, aunque en muchos casos carezcan del gancho informativo suficiente, de la pertinencia informativa suficiente, para hacer que a ellos se acerquen, con verdadera curiosidad, personas que, en principio, no muestran interés alguno por estas cuestiones.

A diferencia de lo que suele ocurrir en el universo de los documentales, situados con frecuencia en ese limbo de lo intemporal y aproblemático, los periodistas debemos aspirar a competir en igualdad de condiciones con otras noticias y formar parte de la oferta diaria de los medios sin limitarnos a las secciones estancas. Esta fórmula es la que permite

abundar en esa continuidad temática y temporal que es, en definitiva, la que sirve para instalar, con naturalidad, múltiples cuestiones científicas en el debate social. Así ha ocurrido con temas como el de las células madre embrionarias, el cambio climático, los descubrimientos de Atapuerca, el Plan Hidrológico Nacional o la lucha contra el SIDA.

No hay duda, y los temas que acabo de citar así lo demuestran, de que podemos competir con otras informaciones mucho más abundantes en los medios de comunicación, cuestiones alejadas de la ciencia y que, a priori, parecen resultar más atractivas. Sabemos que existe la demanda de esos conocimientos científicos, podemos aportar novedades (es decir, noticias), tratamos temas que no están exentos de acción, aventura o misterio, podemos acudir a una nutrida comunidad de fuentes especializadas y productivas y, además, tenemos la ventaja de poder humanizar muchas de estas informaciones, es decir, podemos trasladarlas al ámbito de la vida cotidiana, a escenarios domésticos que resultan particularmente atractivos para los receptores (como ocurre con la información meteorológica).

En lo que se refiere a la precisión, es fácil caer en el error de considerarla un bien innegociable e insustituible. Estar sometidos a la actualidad supone depender en exceso de la incertidumbre, pero esto no es un demérito en comparación con las certezas de las que pueden beneficiarse los divulgadores. Con frecuencia cuando los periodistas acudimos a una fuente especializada en busca de información relevante sobre una determinada noticia ambiental solemos chocar contra un muro de silencio. Los expertos suelen argumentar que, precisamente por tratarse de un acontecimiento muy reciente, no tienen aún datos suficientes, o bien no saben todavía cómo actuar o desconocen las causas y consecuencias últimas de dicho acontecimiento.

Pero es que la incertidumbre es noticia en si misma, enfrentarse a lo desconocido también es una información relevante, sobre todo en lo que se refiere a determinados sucesos ambientales.

En el terreno de la información ambiental abundan los problemas complejos (el cambio climático, por ejemplo) que exigen, asimismo, soluciones complejas (el tan cacareado desarrollo sostenible, que aún no sabemos muy bien cómo enfrentar). Nos movemos, pues, en un escenario en el que escasean las certezas, por mucho que estas sean la debilidad de políticos y periodistas. Pero si en el fondo lo que pretendemos es implicar a la sociedad en el conocimiento fiel de los problemas y la búsqueda colectiva de soluciones, no hay más remedio que socializar la incertidumbre, tarea que se me antoja aún más compleja en el territorio de los documentales.

Un buen ejemplo de esta estrategia puede ser el de las actuaciones encaminadas a salvar de la extinción al lince ibérico, siempre rodeadas de una cierta polémica. ¿Será efectiva la cría en cautividad? ¿Funcionará la traslocación de ejemplares? ¿Es razonable crear un banco genético de la especie? ¿Apostamos todo al mantenimiento de las poblaciones silvestres? Esta situación, llena de interrogantes, se manifiesta de igual manera en torno a otros muchos problemas ambientales, provocando lo que Miguel Delibes llama el “dilema de Nerón”: Roma arde y Nerón, sobre una colina, calcula con sus ayudantes cuáles deben ser los medios adecuados y el esfuerzo necesario para controlar el siniestro, pero cuando acaba ese debate la ciudad ha sido arrasada por las llamas. Con demasiada frecuencia los retos ambientales exigen transitar, casi a ciegas, por un camino lleno de obstáculos, sin tener garantías de éxito, con resultados que apenas podremos evaluar a largo plazo y, sin embargo, es necesario actuar, es

imprescindible ponerse en el camino, tarea que precisa el necesario respaldo social que difícilmente se obtendrá si no se socializan esas incertidumbres. Lo que debería provocar escepticismo y hasta rechazo es justamente lo contrario, el anuncio de soluciones simples, rápidas e infalibles a problemas sumamente complejos y, sin embargo, las ofrecemos todos los días, desde los medios de comunicación, con absoluto desparpajo.

En este sentido, es mucho más tranquilizador, y por tanto menos comprometido, el mensaje que suelen transmitir un buen número de documentales, en los que domina el relato puramente naturalista, ese en el que se nos detallan, con un rigor impecable, la vida natural de una especie, las circunstancias biológicas que explican un determinado fenómeno o las características, inamovibles, de un determinado hábitat. Estos mensajes suelen estar aislados de su contexto, posiblemente porque es la única manera de vender el producto a audiencias muy diferentes. En este afán por buscar una cierta “neutralidad” en el mensaje, de manera que pueda ser interpretado tanto por un espectador norteamericano como por uno japonés o belga, se prescinde de información trascendente o bien se pierden matices que, a mi juicio, son imprescindibles si lo que pretendemos, en definitiva, es crear conciencia sobre el valor que tiene nuestro patrimonio natural.

TRIPLE CONFLICTO

El uso del contexto, insisto, es un recurso ciertamente valioso. Sobre numerosas cuestiones ambientales las informaciones que recogen los medios de comunicación ponen de manifiesto el tremendo abismo que separa a los conservacionistas (a los ciudadanos más sensibles y comprometidos, a los mejor informados), de otros amplios sectores

de la sociedad (ganaderos, cazadores, propietarios de fincas, fabricantes de automóviles o promotores turísticos) directamente relacionados con la conservación de nuestro medio ambiente y, sin embargo, no siempre atentos a las repercusiones ambientales de sus actividades. En estos casos, como en otros muchos, se pone de manifiesto el triple conflicto que suele acompañar a las estrategias con las que tratamos de proteger nuestro patrimonio natural, conflicto descrito, entre otros especialistas, por la bióloga norteamericana Kimberly L. Byrd¹.

Nos encontramos, primero, con un conflicto ontológico o de valores, que enfrenta la visión romántica e idealizada de las poblaciones urbanas (aquellas que, además, pertenecen a una cierta élite social y cultural) con la perspectiva pragmática y utilitarista de los habitantes rurales (o de aquellos sectores que viven más vinculados a la realidad ambiental que tratamos de reflejar). Desde los medios de comunicación de masas solemos apostar por esa visión elitista, que encuentra su máxima expresión en algunos documentales, alejada de las inquietudes de las personas más cercanas a la realidad que tratamos de reflejar. Y lo cierto es que la información sólo adquiere valor, y sentido, en su adecuado contexto. ¿Cómo podemos reclamar, con datos incuestionables, la necesidad de reducir el uso del vehículo privado en ciudades que carecen de un eficiente sistema de transporte público? ¿Cómo podemos defender el reciclaje de nuestros residuos si no existen los contenedores diferenciados necesarios? ¿Cómo podemos extrañarnos de que los ciudadanos no apuesten por las energías renovables si la propia Administración ignora su uso? ¿Cómo podemos exigir un mayor control de la caza furtiva si desconocemos las condiciones sociales y económicas de los pueblos que la practican? Las estrategias de comunicación de las grandes instituciones, de la Administración y los centros

científicos, suelen vincularse, casi en exclusiva, a los grandes medios de comunicación, y a los soportes grandilocuentes (como es el caso de los documentales), pensando que potencia equivale a efectividad. Sin embargo, cuando buscamos sensibilizar sobre un problema específico, hay que personalizar la comunicación, es necesaria una “cirugía de precisión”, en la que el contexto tiene una enorme importancia. Por eso, este tipo de informaciones suelen ser mejor atendidas por los medios de pequeño tamaño, los medios locales, aquellos que hablan el lenguaje que mejor entienden las poblaciones directamente vinculadas al problema, los que sitúan la cuestión en su adecuado contexto, algo a lo que estamos mucho más obligados los informadores que los divulgadores.

En segundo lugar se manifiesta un conflicto epistemológico o de sistema de conocimiento: cuanto más especializado es el estudio científico en torno a un determinado tema, más profundo es el abismo que separa a los expertos de los aficionados, a los especialistas del gran público. Este es un conflicto atizado por la tremenda dificultad que tienen las fuentes especializadas para divulgar conceptos complejos en términos comprensibles para el gran público, dejando el terreno abonado a la emoción, los mitos, los miedos o la simple ignorancia. A veces, como ya he comentado, nos empeñamos en transmitir un mensaje puramente estético, peligrosamente emocional, descaradamente antropocéntrico. “Salvemos al lince para poder seguir disfrutando de su contemplación”, parecen defender algunos medios de comunicación, sin comprender, quizá, que este es un mensaje banal y egoísta que suele ser rechazado en los medios rurales. No es bueno dejarse fascinar por esa visión sesgada que a veces nos transmiten los grandes documentales de naturaleza, en los que contemplamos un escenario lejano y ajeno, aislado de su contexto social

y económico, apromblemático, tranquilizadamente estético... En medios rurales no es difícil imaginar la respuesta a este tipo de mensajes: “Si ese es el valor del lince, si tratamos de conservarlo porque es hermoso, que lo críen en un zoológico o lo conserven disecado en un museo, y que nos dejen hacer nuestra carretera o vallar nuestro coto”. Hay una frase tremenda, pero cierta, de Kimberly L. Byrd que resume muy bien a dónde conduce esta estrategia. Ella la usa referida a los problemas que está generando la conservación del lobo en algunos estados de Norteamérica, pero podemos aplicarla a cualquier otro problema ambiental: “Si tener lobos implica tener grandes conflictos, la sociedad optará por no tener lobos”.

Y, por último, aparece el conflicto como instrumento de poder, ya que los problemas ambientales, polémicos en muchas ocasiones, siempre son aprovechados por alguien para sacar algún tipo de beneficio. ¿Cuántos de estos problemas, desde la conservación del lince hasta el diseño del Plan Hidrológico Nacional, no han terminado convirtiéndose en arma arrojadiza, en instrumento de lucha política, en argumento para el chantaje? Este conflicto de poder es rechazado, con frecuencia, en los documentales, porque, como otros elementos, es un factor que desestabiliza ese carácter neutro con el que buscamos alcanzar audiencias planetarias.

Por lo escrito hasta ahora pudiera pensarse que lo ambiental sólo cabe enfrentarlo como un problema desde los medios de comunicación. Desde esta óptica, sería la difusa e interminable “crisis ambiental” la que nos alimenta de noticias y la que, por consiguiente, condiciona el tono de nuestras informaciones. Pero esta expresión, tan manida, me recuerda una acertada metáfora que acostumbran a emplear los psicoterapeutas. A diferencia de otras muchas palabras, más complejas incluso, el término “crisis” no

se resuelve en la grafía china con un sólo pictograma sino que necesita la unión de dos de estos elementos gráficos. Crisis nace, en tan peculiar lenguaje, de la suma de los pictogramas que representan “peligro” y “oportunidad”. Quedarse únicamente en el peligro, en el suceso, en la catástrofe, es ignorar una parte fundamental de nuestra realidad ambiental, aquella que nos enfrenta a nuevas oportunidades, a nuevos planteamientos de futuro, a nuevos escenarios donde todo está por estrenar.

Numerosos ejemplos refuerzan este argumento, pero, quizá, uno de los más evidentes sea el que gira en torno al uso, y abuso, de la energía. Precisamente como crisis del petróleo se bautizó, en la década de los setenta del pasado siglo, la brusca subida de los precios del crudo y su tremendo impacto en las economías de medio mundo (o, mejor dicho, del mundo entero).

Entre 1960 y 1971 el precio del petróleo había permanecido estable y, en la práctica, había llegado a perder el 20% de su valor. Al mismo tiempo, su consumo se había disparado, hasta convertirse en la principal fuente energética del planeta. Sin embargo, en diciembre de 1973 los países de la OPEP decidieron elevar al precio del barril de crudo a casi doce dólares, lo que supuso cuadruplicar su coste en poco más de tres meses. Y lo que es peor, esta curva ascendente ya no se detendría.

La crisis nos enfrentó al peligro del desabastecimiento y la parálisis. El crecimiento económico se vio hipotecado y, por lógica, también se vio afectada, de algún modo, nuestra calidad de vida y nuestras expectativas de progreso. Sin embargo, en estas circunstancias surgieron las oportunidades que toda crisis lleva parejas, aunque no siempre seamos capaces de percibir las y aprovecharlas. Comenzamos a tomar conciencia de lo insostenible de nuestro modelo energético, demasiado dependiente de los combustibles fósiles;

surgieron las primeras voces que alertaban sobre el carácter no renovable, y por tanto perecedero, de estos recursos vitales; aparecieron las primeras medidas de ahorro energético, aplicadas tanto a gran escala como en los escenarios domésticos, y, por último, técnicos y científicos se lanzaron en busca de nuevos sistemas de producción energética basados en recursos renovables. A aquella crisis, en definitiva, le debemos muchos de los esfuerzos que se han hecho en favor de un uso sostenible de la energía. Y algo parecido estamos viviendo ahora con la “crisis climática” que ha supuesto un nuevo espaldarazo, viéndola desde la óptica de la oportunidad, al desarrollo de las energías alternativas.

CUESTIÓN DE FE

Aceptar que todas aquellas noticias que a diario nos ofrecen los medios de comunicación remiten a acontecimientos que forman parte de nuestra realidad, que son, por tanto, “ciertos”, es una cuestión de fe. Incluso en el caso de la televisión, que se apoya con ventaja en la evidencia de la imagen, no podemos prescindir de este ejercicio de confianza casi ciega.

Los medios son simples intermediarios y, por tanto, lo que nos brindan es un reflejo de la realidad, que puede ser más o menos fiel, veraz o engañoso, cierto o radicalmente falso. Los receptores no disponemos, en la mayoría de los casos, de los instrumentos necesarios para certificar el rigor de aquello que se nos relata, y le otorgamos la condición de acontecimiento (en el sentido de algo que realmente ha sucedido) en función, insisto, de esa convicción que se acerca más al plano religioso que al racional.

Al margen de la credibilidad que hayamos otorgado a cada medio (todos tenemos nuestro periódico, nuestra radio o nuestra televisión), la veracidad de

las informaciones que nos oferta debe apoyarse, necesariamente, en el buen oficio de los periodistas y éste, desgraciadamente, está sometido a perversas rutinas. Hay una particularmente llamativa, que en el caso de la información y la divulgación ambiental se manifiesta con poderosa intensidad. Es esa rutina que tiene que ver con la distancia, la extraña fascinación que lo lejano ejerce en los mass media. Lo que ocurre a miles de kilómetros de nuestro hogar, ya lo sabemos, suele tener para los periodistas, y no digamos para los documentalistas, un atractivo irresistible.

Las novedades que en cualquier campo del conocimiento puede aportar un humilde departamento universitario de nuestro entorno más inmediato acostumbran a tener menos morbo mediático que las intrascendentes aportaciones de un exótico centro de investigación localizado en un remoto país. Ignoramos las aportaciones de un brillante catedrático de la Universidad de Castilla-La Mancha para entregarnos, con fe ciega, a los intrascendentes comentarios de un becario de Oxford. De esta manera, en los receptores se instala la idea de que la Ciencia, con mayúsculas, es un territorio reservado a los extranjeros (“¡Que inventen ellos!”, resumió Unamuno), una parcela vetada a los cerebros nacionales (los mejores, nos hacen creer con estos mismos argumentos, hace tiempo que se vieron obligados a emigrar).

Es cierto que nuestra competitividad en este terreno, el de la ciencia y la tecnología aplicada al medio ambiente, es reducida o que, como me dijo un día el profesor José Antonio Valverde, padre de Doñana, “el metabolismo científico de este país es ridículo”, sobre todo si se compara con otras naciones que apuestan con mucha más decisión por estos menesteres. Pero no es menos cierto que, aún en precarias condiciones, en este país, en las diferentes comunidades autónomas, se investiga, y se investiga

muy bien. Y desde luego, si los españoles no tienen oportunidad de conocer el trabajo que se desarrolla en numerosos centros e instituciones de su territorio, porque ese conocimiento se lo hurtan los propios medios de comunicación, difícilmente escaparán a esa visión pesimista de la ciencia más doméstica y, por tanto, será difícil convencerlos de que a ella hay que destinar muchos más recursos. Lo que no se conoce, no se aprecia.

En el terreno de la información científica, esta fascinación por lo lejano se alimenta, como en otras muchas parcelas del periodismo, en la creciente dependencia de la información convocada, aquella que las fuentes generan para que los medios se dediquen, sencillamente, a procesarla, ajustándola, sin mayores cautelas ni contrastes, a las características técnicas de cada uno de sus soportes.

La información científica que suelen ofrecer los medios de comunicación generalistas se limita, no pocas veces, a lo que algunos autores denominan “información remota”, noticias que se desarrollan a mucha distancia de nuestro entorno más inmediato y que, por tanto, difícilmente podemos ampliar, enriquecer o contrastar. Si la NASA lo ha dicho, si lo afirma la Universidad de California, si lo asegura Nature, nosotros, sencillamente, lo reproducimos tal cual.

De esta manera, la actualidad nos viene dictada desde fuera, y, con frecuencia, remite a cuestiones que para nuestros receptores no son trascendentes. Es decir, se nos impone un orden de prioridades que nos es ajeno. Como andaluces, ¿debe preocuparnos más el problema de la lluvia ácida o el de la gestión del agua? ¿la lucha contra la malaria o los nuevos tratamientos en las alergias provocadas por la floración del olivo? ¿el futuro de las energías renovables o la conservación de los invertebrados que pueblan las selvas tropicales? Lo ideal sería atender a todas estas cuestiones para

multiplicar, sin límites, nuestros conocimientos, pero es que los medios de comunicación tienen límites, en ellos el saber sí que ocupa lugar, y eso nos obliga, querámoslo o no, a priorizar.

Además, lo lejano nos impide conocer el contexto en el que se produce un hecho, elemento que, insisto, es muy valioso, y a veces hasta imprescindible, a la hora de interpretar una información y conseguir, así, que tenga sentido para nuestros receptores. Y también nos priva de la humanización de la noticia, ya que difícilmente podremos contactar directamente, cara a cara, con sus protagonistas.

En estas circunstancias, el ejercicio de fe al que me refería se lleva hasta el extremo de rozar el dogmatismo. Lo que ocurre a miles de kilómetros suele convertirse en una verdad incuestionable, sobre todo porque no hay forma material de cuestionarla. Esto de aceptar la información tal cual, sin enfrentarla a sus matices y contradicciones, sin contrastarla, es algo que choca frontalmente con el método científico, lo que agrava aún más esta perversión mediática que está presente tanto en algunos documentales como en no pocas informaciones ambientales.

En definitiva, me preocupa que los medios de comunicación tiendan a tratar aspectos muy generales de los problemas ambientales, o cuestiones que se desarrollan lejos del entorno próximo del receptor, con lo que es difícil que éste identifique como medio ambiente todo aquello que le rodea de forma cotidiana. De llevarse a cabo una encuesta en cualquiera de nuestras ciudades, la mayor parte de las personas interrogadas, abundando en el argumento de Delibes, estarían familiarizadas, gracias a los grandes documentales, con el problema de la deforestación de la Amazonia, pero pocas sabrían precisar de qué forma se gestionan las

basuras en su ciudad o cómo podrían aplicar fuentes de energía renovable a sus viviendas.

Afortunada, o desgraciadamente, la mayor parte de los problemas ambientales se manifiestan de forma universal, bien por estar presentes en numerosos territorios (desertización, contaminación, comercio de especies protegidas, derroche energético, ruido), bien por sus repercusiones a escala planetaria (deforestación amazónica, efecto invernadero, invasión de especies exóticas), o porque en su solución cabe la participación de todos. Es decir, el medio ambiente, la biodiversidad, la calidad de vida, no están en peligro a miles de kilómetros de nuestras casas, y si geográficamente se nos presenta a veces así, en su solución no caben fronteras ni distancias: todos estamos implicados.

EL PODER DE LA IMAGEN

En televisión el aspecto fundamental es la imagen: no sólo se nos cuenta lo que está pasando, sino que nos lo presenta visualmente. La realidad, y sus incontables elementos y matices, puede tratar de explicarse, y entonces no hay más remedio que recurrir al instrumento universal de la palabra, o bien puede evocarse, es decir, llamarla para que aparezca, para que se nos presente tal cual es. La voz latina *evocare*, de la que nace este verbo, hace referencia a ese curioso sortilegio por el que los humanos somos capaces de colocar ante nuestro intelecto sucesos o escenarios que, en ese momento, no están al alcance de nuestros ojos, bien porque fue en otro tiempo cuando los contemplamos o, sencillamente, porque nunca pusimos sobre ellos nuestra mirada. La evocación es, al mismo tiempo, recuerdo y descubrimiento, nostalgia y sorpresa. Causa, por ello, una notable movilización de los afectos. Requiere más del corazón que del cerebro

y, por tanto, suele ser muy poderosa cuando lo que buscamos es tomar conciencia de algo, ser sensibles ante una realidad terrible o hermosa. Esto explica, al menos en parte, el tremendo impacto de este medio de comunicación, que se ha colocado en nuestros hogares sin distinción de clases y que, incluso, parece tener vida propia, emitiendo sus mensajes por encima del interés consciente de sus propietarios (“el medio es el mensaje”).

Si la televisión es imagen, esto quiere decir que cuando no hay imágenes difícilmente hay noticia. Y sin embargo, este principio de Perogrullo se traiciona a diario. Los informativos están repletos de noticias que, emitiéndose en televisión, reciben un tratamiento claramente anti-televisivo. Se convoca, por ejemplo, una rueda de prensa para exponer los objetivos de una ambiciosa campaña que busca la conservación de nuestros humedales y las imágenes que ilustran la información son... las de la rueda de prensa: planos cortos de bolígrafos que discurren frenéticos por un cuaderno, bustos parlantes con fondo de banderas, fotógrafos que disparan sus flashes, periodistas que siguen atentamente los parlamentos,... Si atendemos únicamente a las imágenes, ¿cuál es la noticia?, ¿la rueda de prensa y su desarrollo?

Siendo su audiencia tan amplia y heterogénea, y debiéndose la televisión a la tiranía del tiempo como ningún otro medio, aparecen algunas reglas de uso peculiares: sólo hechos relevantes pueden tener difusión, porque un informativo tiene una duración limitada, lo que conlleva el riesgo de caer en el catastrofismo, y, además, estos mismos condicionantes determinan un esfuerzo de síntesis, a partir de lo complejo, muy peligroso por cuanto pueden acabar desvirtuando la esencia misma de la noticia, convirtiéndola en intrascendentes informaciones de gran calado. Y aquí, a diferencia de lo que ocurre en la prensa escrita, no podemos volver sobre lo visto, ni

conseguir mirarlo con más detenimiento del que nos ofrece el acelerado ritmo de un noticiero.

La falta de tiempo en televisión hipoteca muchas fuentes válidas: expertos y centros de investigación temen, a veces, implicarse en este tipo de informaciones a sabiendas de que su participación, y la noticia en general, apenas ocupará un minuto en los informativos. ¿Cómo convencer a un especialista, que lleva 30 años trabajando en la resolución de un complejo enigma, para que nos cuente esa peripecia vital en sesenta segundos?

Pero lo cierto es que, escapándose de lo puramente noticioso o, lo que es lo mismo, reparando en algo más que los informativos diarios, sometidos a un pulso conflictivo, la televisión es un instrumento muy eficaz para alcanzar a amplias audiencias con programas divulgativos en los que el discurso de la imagen traza, con gran fidelidad en ocasiones, un acertado dibujo de las cuestiones ambientales. Félix Rodríguez de la Fuente ha hecho más por la concienciación ambiental en España que todas las informaciones aparecidas en prensa escrita, y su mensaje sigue siendo, en algunos casos, válido y, por supuesto, atractivo.

Quizá uno de los secretos de Félix, que se embarcó en la producción de documentales de naturaleza sin más herramientas que su pasión y su curiosidad, fue renunciar a los estrictos cánones de este género, que aún hoy aparecen como un auténtico corsé en producciones consideradas de culto, y mezclar así elementos propios de la divulgación con otros característicos de la información. Muchos de los trabajos de Félix transitan por el terreno difuso de lo que podemos denominar “géneros híbridos”, y son, en este sentido, documentales más que documentales. Sobre esta fórmula, que busca combinar lo mejor de ambos soportes, han teorizado notables

documentalistas, como Luis Pancorbo². Sin embargo, a pesar de las virtudes que se expresan en la teoría y se manifiestan en la práctica, este género no está, a mi juicio, suficientemente explotado, quizá porque no puede brillar cuando todos estamos deslumbrados con los grandes documentales, mucho más convencionales de lo que aparentan, y hasta intrascendentes en algunos casos, pero arropados por una maquinaria comercial de dimensiones planetarias. Y ya se sabe que la televisión de nuestros días es, sobre todo, un negocio, donde las leyes de mercado pesan más que el compromiso informativo. El recientemente desaparecido Ryszard Kapuscinski expresa este mismo lamento en una obra fundamental³ para todos aquellos que peleamos por dignificar este oficio. Los medios de información –advertía el maestro polaco– están dirigidos por empresarios y no por periodistas. La mayoría de los reporteros y medios ya no están interesados en comprender el mundo, sino en no dejarse ganar por la competencia, por ello, todos cubren los mismos acontecimientos sin prestar atención a lo que no es lo más espectacular del momento. ¿Espectáculo o información?

NOTAS

- 1 Byrd, Kimberly L.: *Wolfs as social indicator: An analysis of wolf public information meetings in Minnesota*. Conservation Biology Program, University of Minnesota, 2000.
- 2 Pancorbo, Luis: *El documentaje: entre el documental y el reportaje*. Instituto Oficial de Radio y Televisión, Madrid, 1989.
- 3 Kapuscinski, Ryszard: *Los cínicos no sirven para este oficio*. Editorial Anagrama, 2005.

CURRICULUM VITAE

José María Montero Sandoval, Periodista ambiental. Director de “Espacio Protegido” (Canal 2 Andalucía) y autor de “Crónica en verde” (El País). Director del Seminario Internacional de Periodismo y Medio Ambiente. Premio Nacional de Medio Ambiente, Premio Fundación BBVA a la Difusión de la Biodiversidad y Premio Andalucía de Medio Ambiente.